

EL CONSEJO DEL REINO, CON PERDON

AUNQUE aquí las personas somos muy serias y circunspectas y hasta nos tragamos sables para ir muy rectas por la calle, a veces sentimos el tirón político y naufragamos como entes. Digo como entes y no como antes. Todo esto viene a significar que pido perdón por la referencia que voy a hacer al Consejo del Reino, expresión que a no dudar creará una situación de violencia entre los comensales, que volverán la cabeza para otro lado y guardarán un silencio embarazoso hasta que el más clemente diga «pues como íbamos diciendo», y se note un alivio en el ambiente. El señor Fernández-Miranda ha dicho que a ver si los periodistas tienen imaginación para darse cuenta de que no hubo divi-

sión entre los miembros del Consejo y si fruición ante el proyecto gubernamental de la prórroga. Hasta ahora la imaginación hubiera hecho falta para todo lo contrario. Cuando Franco nombraba los gobiernos, la identidad de destino entre cada Gobierno y el Consejo del Reino era un automatismo más de la coherencia previa, fatal y vinculante del Régimen. Pero ahora se ha creado una delicada duplicidad, mejor dicho, una ruda contradicción institucional entre un Gobierno que dice que su último objetivo es precisamente la reforma de las instituciones, y una de ellas en la que tres de sus miembros, sin más averiguaciones, llevan el mismo apellido, Oriol, siendo comprensible que profesionalmente sirvan las mismas causas

finales, dicho sea esto con ánimo erudito y no deductivo. Lo cierto es que si antes el emblema orgánico y funcional del Estado, su garantía máxima, era el Consejo del Reino, ahora lo es el Gobierno, por la sencilla razón de que es un Gobierno del Rey. De manera que si las cosas continúan como hasta ahora, el Consejo del Reino, que aconseja a un Reino que ya no es de este mundo, puede no sólo paralizar un proyecto del Gobierno, sino la misma marcha del Estado, que es un Reino vivo y en acto. Espero que esta muestra de imaginación complazca suficientemente a las autoridades. Pero mucho me temo que lo que esperan de nosotros, de los pobres periodistas, no sea imaginación, sino fantasía. Y de eso nada, monada. ■ LICANTROPO.

EL MINISTERIO DE DESMEDIEVALIZACIÓN

AHORA no se habla más que de reformas y de abolir este o aquel ministerio o reducir aquel otro a mera dirección general o amalgamar los tres de las fuerzas armadas en uno general de Defensa (al parecer, ahora en todo el mundo Defensa es sinónimo de Ataque; la verdad que la guerra fría ha sido fatal para los idiomas), y lo que me extraña es que a nadie se le haya ocurrido todavía crear un ministerio que nos es sumamente necesario: el ministerio de Desmedievalización.

Como no podemos medievalizar a Europa se sigue que tenemos que europeizarnos o, mejor dicho, ponernos al día, y que para ello lo más urgente es desmedievalizar nuestra política y hasta nuestra vida cotidiana; esto, como todo lo que va a doler, cuanto antes se lo quite uno de encima, mejor.

Este ministerio podría, por ejemplo, suprimir la «v» de nuestro alfabeto y, si la reacción pública y bunkérica no es demasiado violenta, lanzarse a otra reforma más difícil: eliminar el legalismo a favor de la legalidad, que es así como más europea que el legalismo. Hecho esto, ya todo sería posible, hasta abolir el triptico familia - municipio - sindicato, claramente medieval; los serenos podrían ser la víctima siguiente.

Pero todo esto, aunque indudablemente importante, seguiría siendo periférico mientras el ministerio de Desmedievalización no le hincara el diente al verdadero meollo del problema, que es abolir la retórica y el arte de andarse por las ramas en los niveles medio y alto de nuestro Gobierno. Otra reforma básica: hacer ilegal el deseo de salvar a la patria, castigándolo con fusilamiento inmediato; y con cárcel, por ser menos nefasto, el de sacrificarse por ella. A menos, claro, que el presunto salvador o sacrificado no apuntalen sus deseos con una mayoría de votos.

Como ve el lector, el ministerio de Desmedievalización iba a tener trabajo a punta de pala, y sus ocupantes debieran estar dispuestos a ser linchados por los desmedievalizados contra su voluntad. Pero todo tiene sus peligros, sobre todo tareas como ésta de la desmedievalización, que comenzaron a ser urgentes ya a principios del Renacimiento. ■ PARDO.

